

Guillermo Prieto: viajes y escritura



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

Marina Martínez Andrade*

Resumen

El artículo se centra en la literatura de viajes, género practicado por Guillermo Prieto (*Fidel*) y poco atendido por la crítica o no abordado como tal. Analiza especialmente *Viajes de orden suprema*, obra escrita a partir de un viaje/exilio impuesto al escritor por Santa Anna. El narrador/viajero entrelaza en el texto divertidas anécdotas, múltiples poemas, cuentos de brujerías y encantamientos, leyendas, cartas, crónicas, cuadros estadísticos y cuadros costumbristas, artículos periodísticos y disertaciones sociopolíticas: valioso carácter misceláneo que perfila su manera de acometer el género con la obsesiva idea de mexicanizar la literatura, la historia, las costumbres y el país mismo.

Palabras clave: relato de viajes, Guillermo Prieto, exilio, identidad, nación

Abstract

This article focuses on travel writing – the genre which Guillermo Prieto (*Fidel*) practiced and which is almost ignored by critics or not considered literature as such. It pays close attention to *Viajes de orden suprema*, a piece written about a voyage/exile forced upon the author by Santa Anna. The narrator/traveler weaves entertaining anecdotes, several poems, tales of witches and magic, legends, letters, chronicles, statistic tables and folkloric (*costumbrista*) paintings, journalistic articles and sociopolitical dissertations into the text. Its rich miscellany outlines his way of approaching the genre with the obsessive idea of “Mexicanizing” literature, history, mores and the country itself.

Key words: travel writing, Guillermo Prieto, exile, identity, nation

* Profesora-investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. marinamr@aol.com

En las recién liberadas o en vías de liberación tierras de América el romanticismo encontró un campo fértil para su desarrollo. Los militantes de esta corriente en México, siguiendo el modelo predominante en Francia, hicieron suyos los principios de un romanticismo social inextricablemente unido a las ideas liberales, con el objetivo central de construir una nación y dotarla de identidad.¹ A este puñado de hombres perteneció don Guillermo Prieto, quien seguramente en 2010, al celebrarse el Bicentenario de la Independencia de México, ocupará junto con sus compañeros de la primera y segunda generación de Reforma un lugar de honor.

En marzo de 2007 se cumplieron 110 años de su muerte, para conmemorar el acontecimiento se editó un volumen titulado *Repertorio de Guillermo Prieto*, en el que destacados intelectuales comentan los diversos apartados de su obra: crónica, historia, política, economía y notas periodísticas (véase Castro, 2007). Si bien ligado a la crónica, un aspecto no incluido en dicho texto es la literatura de viajes, género que practicó con óptimos resultados en favor de la historia, la literatura y la cultura mexicana e hispanoamericana. Los libros de viaje de Prieto son objeto de estudio del presente artículo, especialmente el titulado *Viajes de orden suprema*.

Uno y diversos Guillemos

Guillermo Prieto (*Fidel*) nació y murió en la Ciudad de México (10 de febrero de 1818-2 de marzo de 1897). Por su longevidad y riqueza, condensar su vida resulta una tarea sumamente difícil: joven y exaltado romántico, tenaz combatiente en la milicia y en las letras, patriarca venerable, hombre de acción política con responsabilidades de secretario de Estado, incesantes tareas legislativas,

¹ A Guillermo Prieto le tocó participar tanto en la primera como en la segunda generación –llamada generación de la Reforma o de los románticos liberales– y en el triunfo del liberalismo; pero en la obra que aquí estudio se refracta el ideario de la primera generación, el de la Academia de Letrán.

patrocinio teórico y práctico de una literatura nacional, sentido del humor en una sociedad rígida, destierros por errores y destierros por aciertos, génesis y mantenimiento del pensamiento liberal y del orden constitucional.

Sin embargo, la imagen que de él nos ha quedado es aquella que en las postrimerías del siglo decimonono tuvieron sus contemporáneos, la del anciano venerable, paciente, generoso, conservador, afable, lleno de dignidad, un tanto desaliñado, tierno y cariñoso, tal como la sintetiza Miguel Ángel Castro, en su *Poliantea periodística*, al describir una de sus últimas fotografías:

una ligera inclinación de la cabeza hacia su hombro, la mirada de párpados cansados, mezcla atenta de severidad e indulgencia, manchas de los años afincadas en la nariz, y arrugas que bajan hacia los grises de una barba que se adivina descuidada y que reviste su boca de patriarca, todo ello más la familiaridad del gorro liberal y la sencillez de una carpeta bordada que adorna el respaldo del sillón donde sentado y con un libro entre las fantasmales y devotas manos fuera sorprendido por la cámara, lo confirman como el poeta coronado, que, en su caso, es decir querido y respetado por su pueblo (Castro, 1997: 15-16).

En realidad, el poeta del umbral de la vejez es un personaje de aluvión, cuyos dones y logros de escritor pueden explicarse por los avatares de los diversos personajes anteriores, por los otros Guillermo Prieto cuyos azares, desengaños y aciertos desembocan y se sedimentan en él y en su proyección histórica y literaria. En la totalidad de su obra viven, de una manera u otra, todos estos Guillemos y la autenticidad, el humor y la radiante simpatía de cada uno de ellos, que en su conjunto involucran a una sociedad más que a una persona, pues los escritos y la existencia misma de Prieto se asemejan sintéticamente a un panorama del México del siglo XIX.

A la forja de la nación

Cuando Guillermo Prieto, a la muerte de su padre, decidió acogerse a la protección de don Andrés Quintana Roo, nunca pensó que a la vez estaba iniciando una larga y vasta carrera, tanto en el campo de la política como en el de las letras. Su padre, un honrado molinero, había muerto en 1831 y él, habiendo crecido en Molino del Rey (Chapultepec) en el ambiente confortable y desahogado de la clase media, de hijo de casa grande pasó a chiquillo de la plebe, pues al quedar

huérfano tuvo que depender de la piedad y simpatía suscitada en algunas personas generosas: “A mi señora madre –relata– la recogió la caridad de unos tíos maternos y yo por mí, y sin amparo alguno, me refugié en la casa de unas señoras hijas de un dependiente de mi casa y que vivían honrada y pobremente de sus costuras” (Prieto, 1985: 20).

Don Andrés le consiguió empleo en la aduana y lo impulsó a estudiar en el colegio de San Juan de Letrán; en 1836, a los 18 años, Prieto participó junto con Manuel Tonia Ferrer y los hermanos José María y Juan Nepomuceno Lacunza, en la fundación de la Academia de Letrán (1836-1856),² núcleo de irradiación cultural en una época verdaderamente tormentosa de la historia mexicana. En este recinto se naturalizó el romanticismo en México, y se elaboró una literatura consciente y dirigida hacia el progreso (Perales, 1957: 51).

Al proyecto se sumaron los escritores liberales más reconocidos de la época: Ignacio Ramírez, Fernando Calderón, Ignacio Rodríguez Galván, José Ma. Lafragua y Manuel Payno, entre otros, y hasta algunos de corte neoclásico y conservador como Manuel Carpio y José Joaquín Pesado. José Emilio Pacheco concede gran importancia al papel que tuvo la Academia para lograr la afirmación nacional tanto en el campo político como en el literario:

es la modalidad mexicana del movimiento que Víctor Hugo define como el liberalismo en el arte. Como la literatura europea responde a una afirmación nacional, no presenta ningún escritor comparable a sus contemporáneos Balzac, Stendhal, Dickens, Pushkin, Gogol, Manzini. Pero gracias a ella y a sus semejantes en nuestros países ahora, cincuenta años después, hay en nuestras tierras escritores tan buenos como los de cualquier parte (Pacheco, 1986: 52).

La influencia ejercida por la Academia en la vida de Prieto fue fundamental, pues puso en movimiento su aspiración nacionalista y lo condujo a encontrar la materia prima literaria en lo familiar y circundante, de ahí que los géneros que juzgó apropiados para el cumplimiento de tales fines fueran el cuadro de costumbres, los relatos de viajes y la poesía de carácter popular.

² La Academia estuvo integrada desde su inicio por maestros y alumnos: entre los primeros, José María Lacunza, quien destacaba por sus conocimientos científicos y literarios; Prieto, Tonia y Juan Lacunza, entre los segundos, que hacían sus primeros ensayos literarios. Algunos autores suelen escribir el apellido de Manuel Tonia como Tossiat, yo prefiero la primera forma, empleada por Prieto en sus *Memorias*...

El género de viajes

La literatura de viajes es una faceta poco conocida de la producción prietista, quizá porque por mucho tiempo el género fue colocado en los confines de la práctica literaria, hecho que restringió su circulación. Los libros de viajes eran vistos como inferiores en relación con los géneros “altos” como la novela o el poema, y se los excluía del canon junto con diarios, epistolarios, biografías y traducciones, teniéndolos como simples “intermediarios”, es decir, como ocasionales puntos de contacto entre distintos conjuntos culturales (Gnisci, 2002: 145). Sin embargo, diversos enfoques teóricos practicados en la actualidad, en particular los estudios culturales (*cultural studies*), han hecho volver la mirada a este tipo de relatos, a fin de introducirlos en el agregado más general de los textos culturales, planteamiento que invita al rescate tanto de los textos como de sus autores.

Según Altamirano, en un siglo en que los mexicanos casi no viajaban –y, en caso de hacerlo, escribían muy poco acerca del asunto–, Prieto, lleno de humor y gracia pintoresca, cultivó profusamente este género (Altamirano, 1949: 95, 116-117); su caso fue excepcional, pues además de sus intensas actividades literarias, políticas, administrativas y demás, todavía se daba tiempo para registrar sus viajes, tanto por la república mexicana como por tierras extranjeras.

Don Guillermo no sólo era un viajero que escribía, sino también un escritor que viajaba, pero sus viajes no eran por puro placer o en plan de negocios, sino motivados casi siempre por circunstancias de extrema urgencia: proscripciones o persecuciones políticas. De ellos han quedado nada menos que siete relatos publicados originalmente como artículos, cartas, o capítulos por entregas, que pueden dividirse en libros menores y libros mayores. Entre los primeros se encuentran: *Viaje a Zacatecas* (1842), *Un paseo a Cuernavaca* (1845), *Ocho días en Puebla. Impresiones profundas de un viaje arquitectónico, sentimental, científico, estrambótico de Fidel* (1849), *Una excursión a Jalapa* (1875), e *Impresiones de viaje. Traducción libre del diario de un zuavo, encontrado en su mochila, en la acción de Barranca Seca* (1862).³ Entre los segundos, *Viajes de orden suprema* (1853-1855) y *Viaje a los Estados Unidos* (1877).

No era la de Prieto una producción inocente en este campo, obedecía a su obsesiva idea de mexicanizar la literatura, la historia, las costumbres y el mismo país, y consideraba a la literatura de viajes como medio efectivo para lograrlo; pues a través de los desplazamientos sobre el lugar propio o ajeno pueden identificarse aquellos elementos idóneos para ofrecer una imagen de identidad o para afirmarla, por contraste.

³ Divertidísimo diario imaginario de un ficticio invasor francés atribuido a Prieto, Francisco Schiafino y Alfredo Chavero.

Viaje y exilio

El libro *Viajes de orden suprema* fue escrito, como su título lo expresa, a partir de un confinamiento impuesto a don Guillermo por don Antonio López de Santa Anna, de quien fuera aguerrido opositor. Su Alteza Serenísima nunca le perdonó la organización de los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, publicados en *El Siglo XIX* de 1848 a 1849, donde se habían formulado severos juicios en su contra;⁴ mucho menos le dispensó una serie de artículos publicados en *El Monitor Republicano*, el último de ellos escrito realmente con “ponzoña de alacrán” –como el propio escritor confiesa– y por el que su alteza lo mandó comparecer a Palacio, lo insultó y trató de golpearlo “a patadas”, olvidando que estaba cojo. Entonces se produjo el siguiente diálogo entre ambos:

—¿Usted es el autor del artículo del *Monitor*?

—Sí señor

—¿Y no sabe usted que yo tengo muchos calzones?

—Sí señor, ha de tener usted más que yo

—Me parece que es usted insolente, y yo sé castigar y reducir a polvo a los que se hacen los valientes; eso le ejecuta cualquier policía, pues usted o se desdice de sus injurias y necedades o aquí mismo le doy mil patadas. ¿Qué sucede?

—En esas estoy, en ver lo que sucede (Prieto, 1985: 343).

Y en una cómica y celebrada escaramuza alrededor de una mesa, en que uno de ellos con grandes trabajos perseguía al otro, pudo el cronista evadir los bastonazos de *El Seductor de la Patria* y escaparse.⁵

Por los artículos de *El Monitor*, Prieto fue desterrado –para asombro actual– a Cadereyta, en el estado de Querétaro (1853); por los *Apuntes*, leídos por Santa Anna cinco años después de su publicación, a Oaxaca (1854),⁶ aunque según sus biógrafos no pasó más allá de Tehuacán, donde estuvo arraigado cerca de 13 meses (McLean, 1960: 24). Entonces tenía 35 años, empezaba su prestigio como poeta y periodista, ya había ocupado un ministerio, y se perfilaba como uno de los hombres fundamentales de la Reforma y de todo el siglo XIX.

⁴ Este libro (en el que Prieto escribió once de los treinta y seis capítulos) es conocido como *El libro de los quince* porque en él participaron, además de Prieto, otros catorce autores (McLean, 1960: 106).

⁵ Obviamente se hace referencia a la novela de Enrique Serna del mismo título.

⁶ Durante el gobierno de Santa Anna fueron más de quinientas las personas confinadas a diferentes puntos de la república o desterradas del país, además de las enviadas a prisión (Díaz, 2003: 588).

A partir de estos confinamientos escribió *Viajes de orden suprema*, que firma con su popular seudónimo de *Fidel*, en ellos narra –según Vicente García Torres, impresor de la primera edición– acontecimientos que van de 1853 a 1855; pero la obra, dividida en dos partes, ha llegado incompleta a los lectores actuales por interrupción del autor o descuido del editor o ambas circunstancias, de manera que sólo se conserva íntegra la primera, referente a Cadereyta; pues de la segunda, relativa a Oaxaca, sólo han quedado unas 170 páginas.

Viaje y escritura

En *Viajes de orden suprema* don Guillermo relata en forma amena y singular sus peregrinaciones durante esos años, da cuenta de la realidad queretana y va cartografiando el mapa nacional, de modo que el texto no sólo resulta valioso en el campo literario, sino en el histórico, el político, el etnológico y aun en el geográfico. La narración se sitúa en una zona intermedia entre dos discursos: el histórico y el literario; con el primero comparte la búsqueda de veracidad y la intención de dar testimonio de los sucesos vividos; con el segundo, la huella que deja sobre tales hechos la subjetividad de quien cuenta parte de su vida (Pierini, 1994: 174). El relato de viajes resulta así una forma híbrida por los distintos géneros que recoge, su variedad de discursos y su propiedad de acercar la ficción a la representación de la realidad.

En general, la literatura de viajes se establece en la vecindad de otros géneros e inclusive los traspasa y comparte con ellos una frontera en continuo movimiento. Esta mezcla, esta riqueza, este encanto, se encuentran en el relato de *Fidel*, integrado con cuatro ingredientes principales: por un lado la autobiografía o memorias, los cuadros de costumbres y los poemas de corte popular; por otro, y muy importante, el ensayo científico a la manera de Humboldt.

Viaje y autobiografía

La dimensión autobiográfica, que es en esencia una variante de la escritura del yo, aparece íntimamente ligada al relato de viajes, puesto que “el viaje coincide con la vida, ni más ni menos: ¿qué es ésta sino un paso del nacimiento a la muerte” (Todorov, 1993: 91); por eso el autor/narrador resulta también el protagonista, o sea, el viajero que se ve en el texto y en él se refleja. Prueba de lo anterior es que

Prieto dispone que los hechos presentados en *Viajes* completen los relatados en *Memorias de mis tiempos*:

Por lo que respecta a mis *Memorias*, me es indispensable incluir en ellas el tomo no concluido de mis *Viajes de orden suprema*, que contiene todos los personajes que figuraron en primer término, todos los accidentes de mi destierro, y aún particularidades de mi vida, que si bien insignificante por tratarse de mi persona, fehaciente para dejar viviente el colorido de los cuadros que en vano hoy, después de cuarenta y tantos años quisiera reproducir. (En este lugar debe comenzarse a copiar el libro de viajes hasta su conclusión.) (Prieto, 1985: 352).

Las *Memorias* fueron escritas en 1886 –cuando Prieto tenía cerca de 70 años– si bien narra sucesos muy anteriores a esa fecha; en cambio los *Viajes*, referidos a acontecimientos ocurridos entre 1853 y 1855, se publicaron en 1857, antes que las *Memorias*. En su conjunto, Prieto cuenta en estos libros no sólo su larga y fecunda vida, sino la de gran parte del siglo XIX mexicano, periodo sumamente convulsivo en la historia del México independiente, en la que se dieron sucesivos enfrentamientos entre liberales y conservadores –circunstancialmente federalistas y centralistas o monárquicos y republicanos–, cuartelazos y pronunciamientos internos, tres guerras con el extranjero –la de Texas, la de los Pasteles y la de 1848– además de hechos clave en la vida literaria, cultural y política del país, en muchos de los cuales él estuvo presente.

Rumbo al exilio

Viajes de orden suprema tiene como telón de fondo el último periodo de la dictadura de Santa Anna. Tras la caída del presidente Mariano Arista –de cuyo gabinete formaba parte Prieto– por efectos de una conspiración, Juan Bautista Ceballos ocupa el poder, implantando una “dictadura de prólogo”, a fin de preparar la reinstalación del héroe de Turbaco, quien regresaba triunfante de su exilio en Colombia. Para manifestar su desacuerdo, el cronista renuncia al Ministerio de Hacienda y se retira a su domicilio en Tacubaya, muy cerca de la casa del Arzobispado –lugar en que se había instalado provisionalmente la corte del dictador– desde donde puede contemplar la comedia siempre nueva y eterna de la vida social y política de México. Estas observaciones sumadas a las incluidas al principio de la segunda parte del libro conforman la más espléndida crónica del célebre “círculo fantástico” alrededor de Santa Anna, no muy diferente de los que en la actualidad rodean a los gobernantes en turno.

Desde su “casuca acabada en punta”,⁷ *Fidel* veía como subían y bajaban los visitantes: funcionarios, amigos, aduladores, chambistas en busca de la fuente del favor. Cuando subían –cuenta con gran humor y sarcasmo– iban muy contentos y compuestos: “cuellos tiesos, posturas airosas; el niño recibiendo lecciones de buena crianza, la coqueta arreglando la gola de modo que se percibiesen los horizontes positivos, el clérigo ensayando actitudes evangélicas” (I: 101); cuando bajaban algunos lucían gozosos, enternecidos y esperanzados, otros furiosos, jadeantes y frenéticos, lanzando denuestos contra don Antonio: “La vuelta era de verse; era la salida de los tahúres de la casa de Birján” (I: 102).

A su privilegiado observatorio le llega la orden de destierro. La ruta que emprende para arribar a su término –San Juan del Río, Querétaro, Tequisquiápan [sic], Cadereyta– resultará elemento estructurador del relato; si bien Prieto considera que la unidad del texto está ligada a la política: “Aunque superficialmente tocada la política, sus acontecimientos forman el hilo casi imperceptible de la unidad de mis viajes, hilo en que se sostienen y engarzan descomunales descripciones, raptos sentimentales y charlas por mayor” (I: 62). Con tan fino hilo el autor entrevera, en tono serio y jocoso, divertidas anécdotas de viajeros en diligencias y mesones, múltiples poemas, cuentos de encantamientos y brujerías, leyendas, cartas oficiales y cartas inventadas, artículos periodísticos, informes estadísticos, disertaciones sociopolíticas y ricos cuadros de costumbres. Este valioso carácter misceláneo va perfilando su manera de acometer el género, cuyo germen se encuentra en los cuadros costumbristas y su fruto más acabado en *Viaje a los Estados Unidos*.⁸

Los cuadros de costumbres

Los cuadros costumbristas se hallan en la base del modelo narrativo de Prieto. Publicados en revistas y periódicos de la época, son sus producciones más tempranas en el campo de la prosa. Están escritos en la línea de los costumbristas españoles Ramón de Mesonero Romanos y Mariano José de Larra; aunque la

⁷ Guillermo Prieto, *Viajes de orden suprema* (1853-1855), en *Obras completas*, ts. IV, V, 1994. De esta edición transcribiré todas las siguientes citas textuales, registrando al final de las mismas, entre paréntesis, la parte del libro en que aparecen con número romano y, subsecuentemente, con arábigos, el número de página(s).

⁸ Este libro lo escribió en 1877 y se publicó por vez primera en 1887 como resultado del exilio del presidente José María Iglesias y los miembros de su gabinete, en el cual ocupó primero el ministerio de Hacienda y más tarde el de Gobernación. Véase Guillermo Prieto (1994b: Crónica de Viajes 3, 4, 5).

escritura de don José Joaquín Fernández de Lizardi también tiene mucho que ver en este surgimiento. Mesonero impresiona tan favorablemente a Prieto desde sus primeras lecturas, que éste se propone hacer con México lo que aquél con Madrid, pero acentuando la tendencia crítica, al estilo de Larra, para denunciar los abusos cometidos en distintos campos de la realidad social mexicana.

Desde un principio don Guillermo traza sus objetivos en relación con el género: “Si se quiere moralidad y progreso, debe comenzarse por corregir las costumbres. ¿Y cuál es el paso previo? Conocerlas. ¿Y de qué manera mejor que describiéndolas con exactitud? Ergo, yo soy tan mexicano como el que más, y con que yo lo diga basta. *Fidel*” (Prieto, 1993: 67).⁹ Precisamente el seudónimo de *Fidel* con que firmaba sus artículos lo adopta en 1842 y coincide, por un lado, con el nombre del personaje de Mesonero que acompaña al “Curioso Parlante” en sus paseos por Madrid (Mesonero, 1845: 37), y, por otro, con el del narrador/protagonista de los *Viajes*...

En general, la literatura costumbrista decimonónica hispanoamericana se apega a la representación cercana y fiel de la realidad, “con propósitos explícitos de documentar tipos y escenas pintorescos y de castigar los vicios o deformaciones sociales y de esta manera influir en la corrección de esos defectos” (Goic, 1991: 147). Aunque bien se sabe que no es la realidad *in vivo*, sino la idea que de ella tiene determinado autor, la representación verbal de una realidad no verbal, además de las estrategias específicas empleadas con el objetivo de lograr el efecto de realidad, tanto en el texto como en el lector.¹⁰

La concepción de la literatura como expresión de la sociedad es dominante en Prieto; los cuadros presentados en *Viajes*... involucran a la sociedad mexicana de provincia –parte muy importante de la realidad nacional, por lo que se hacía necesario afianzar su identificación con los liberales– de la que recoge tradiciones y costumbres desarrolladas en distintos escenarios: mesones, fondas, diligencias, plazas, fiestas, templos y mercados. En la representación de las escenas se vale sobre todo de descripciones, como ocurre en el siguiente fragmento a propósito de un tianguis:

Una hilera contiene puestos de comales, cántaros, ayates y sombreros de palma, cuya fila termina en elevados mostradorcillos en que descuellan pirámides de sal más blanca que la nieve coronadas por balanzas que por sátira podrían ponerse en manos de la justicia.

⁹ La cita pertenece al artículo titulado “Costumbres, fiestas de indios”, publicado originalmente en *El Siglo XIX*, 5 de febrero de 1842, pp. 3-4.

¹⁰ De las estrategias de veridicción empleadas por Prieto y de la credibilidad del autor para sus lectores se habla en distintas partes de este artículo.

En otra hilera, al lado de una cadena de colinas de chile trompillo, pasilla, etcétera, los propietarios en paños menores pero indígenas retobados y vivarachos se ven en su perpetuo regateo (I: 336).

Ante el lector se despliega un variado mosaico de trajes y castas, distintas lenguas y pregones y una rica galería de tipos y personajes de la época: cocheros, viajeros, rancheros, indianos, payos, cócoras, señoritos, de los que se describen costumbres, aspecto, vestimenta y actividades básicas. De ellos da cuenta *Fidel* al reseñar una función celebrada en el Teatro de Iturbide, donde el público asistente es reflejo de la población con sus divisiones sociales y culturales:

Las plateas y los palcos primeros y segundos los ocupa y embellece lo más florido de la población, es un horizonte de gasas y flores, son collares de hermosuras que tienen sus encantos celestiales. [...] En los palcos segundos véase, junto a la señora de chal y guantes al pariente ranchero protegido y al chico con un mamón desmesurado en la mano [...] En la galería personajes económicos, pilmamas ladinas, saraperos, tejedores, y gente que sabe tirar un peso cuando se trata de gastar (I: 157).

En otros párrafos figuran grupos ópticos más dignos del pincel que de la pluma, que él mismo augura “enriquecerá(n) un día la caricatura nacional”:

Por los caminos de los ranchos y haciendas, se ven ir a la ligera, en sus cuacos bien enjaezados o en sus potros de dos riendas, rancheros garbosos y rancheritas de sombreros tendidos y rebozos terciados, llevando en la grupa otra rancherita minúscula sentada a su lado y en opuesta dirección, dejando caer sobre el anca del caballo sus dos pies con zapatones semejantes a esos muchachos que se sientan al borde de una cerca y se regocijan alzando y dejando caer sus pies que están al aire, contra la pared (I: 339).

Pero no deben olvidarse los autores mexicanos presentes en el nacimiento tanto del costumbrismo como de los relatos viajeros de *Fidel*, éstos son principalmente José Joaquín Fernández de Lizardi, Manuel Payno e Ignacio Ramírez, *El Nigromante*. La posición de *Fidel* ante el mundo y el hombre coincide con la de *El Pensador Mexicano*, en cuanto a la descripción de tipos, hábitos, escenas y oficios ligados a una trama, y la reseña y sátira implacable de vicios y costumbres, con el propósito de conquistar prosélitos dispuestos a luchar en favor de la moral y la justicia (Carballo, 1991: 130). Manuel Payno cuenta a don Guillermo –en una larga serie de cartas– un viaje realizado de México a Veracruz durante el invierno

de 1843, de donde éste aprende a poner mayor atención en las costumbres. La influencia de Ramírez –mencionada por algunos críticos– es, en todo caso, posterior a la escritura de *Viajes de orden suprema*, pues *El Nigromante* –también en forma epistolar– le habla de sus andanzas por la costa noroeste de México –hasta California– entre 1863 y 1865.

Interpolación de poemas

La idea de redactar el libro y la forma general de escribirlo le surgió a don Guillermo en la Casa de Diligencias de Querétaro, en vísperas de salir a Tequisquiápan, después de haber recibido una circular firmada por Santa Anna según la cual ningún expulso podía residir en una capital de estado sino en poblaciones reducidas, de modo que debía continuar con su peregrinaje a Cadereyta:

En aquel lugar, en medio del insomnio producto del desvelo y la inquietud, brotó mi pensamiento de escribir los *Viajes de orden suprema*; pero quise escribirlos en renglones, así como versos y tanto me ocupó la idea y con el aliento me apoderé de ella con el objeto de distraer mis penas, que puse al instante manos a la obra (I: 231; el subrayado es mío).

Siguiendo su plan inicial de escritura, *Fidel* intercala en el relato largos poemas, sin romper la unidad textual por estar muy relacionados con la temática tratada; la mayor parte son satíricos o festivos, de carácter popular y tono chispeante y vigoroso, dictados por las circunstancias, la exaltación o el enternecimiento, aunque algunos resultan bastante improvisados y compuestos con cierto desaliño, pues *Fidel*, al contrario de lo que suele hacer la inmensa mayoría de los escritores, se ufana de no corregir sus escritos:

con un mal lápiz y en el reverso de sobrescritos que es mi sistema favorito [de] escribir coplas, improvisé las siguientes que traslado como mi mente las parió, por no ser el Fidelillo que ustedes conocen hombre que en materia de versos vea lo que una vez escribió tuerto y derecho (I: 455).

En la introducción, que constituye una espléndida crónica de los sucesos políticos precedentes al regreso de Santa Anna, aparece la “Imitación de Garcilaso”, parodia de la “Égloga I” del poeta español, donde la amada es la china que representa a la patria; el confidente, al igual que en la vida real, es Escobar; y el amante,

primero desdeñado y luego desdeñoso, es nada menos que Santa Anna. *Fidel* asegura que se trata de un romance anónimo difundido con éxito en la ciudad de México, pero no deja de insinuar su autoría cuando comenta que quizá lo escribió “un chico de buen humor” (I: 80).

En estricto sentido, el primer poema intercalado en el texto ocupa de la página 231 a la 236, lo que da cuenta de su extensión; se trata de un “Romance a Cadereyta”, primero de los tres que dedica al lugar de su exilio; posteriormente los poemas aparecen situados en forma más continua, casi siempre al final de las distintas secciones del libro.

En la parte titulada “El juego” se interpolan cuatro composiciones, entre ellas su famosa “Marcha de los cangrejos”, que siendo en sus orígenes una sátira contra Santa Anna y su ejército con el objeto de aludir de manera irónica a su política retrógrada, se convierte más tarde en himno de los soldados durante la guerra de reforma.¹¹ Referentes también al dictador inserta los tres llamados romances de Llaca (I: 431-439) con el fin de recordar a este valiente personaje, quien el 6 de diciembre de 1844 encabezó la rebelión contra Santa Anna en el momento en que, amotinados, los hombres del pueblo trataron de destruir la estatua del dictador y enterraron la pierna que había perdido “gloriosamente” en la defensa de Veracruz, después de arrastrarla por las calles atada de una cuerda.

En coplas, redondillas y romances desborda *Fidel* su espíritu festivo, ironía, buen humor y sarcasmo; son de notar algunos estribillos sumamente pícaros y pegajosos, por ejemplo el empleado en “El señor cura”, en los que al final de cada estrofa, en las que describe actitudes y andanzas de estos ministros, se van alternando los siguientes estribillos: “*que pase por travesura / señor cura*” o “*eso ya raya en diablura / señor cura*” (I: 365-369). En el romance “Cartas íntimas” –se cita por curioso– dirigido a su familia, da cuenta de su vida en confinamiento llena de trabajos y penas. Para sobrevivir –se queja– tiene que hacer labores de cocina y de limpieza, junto con Espátula y Rintintín, sus compañeros de retiro. Pese a sus ideas de avanzada, en este pasaje exhibe su adhesión a los valores del patriarcado cuando comenta que ellos han mutado de sexo por dedicarse a las labores domésticas:

me declaro en peligro
por mis trabajos diabólicos,

¹¹ Estando Prieto en Cadereyta envió la composición sin firmar a un amigo de la capital para que la inscribiera en un concurso de marchas triunfales con motivo de la celebración de las fiestas patrias presididas por Santa Anna; no obtuvo el premio pero la obra cayó en manos de los soldados y logró gran popularidad.

por la mutación de sexos
que se ha efectuado en nosotros
desde que el triste destierro
operó nuestro consorcio (I: 267).

El último poema, escrito en almibarados y románticos versos, se lo ofrece “A Querétaro” a fin de agradecer la generosa hospitalidad que le fue brindada durante su forzada estancia en esas tierras:

Que aquí se ignora el nombre de extranjero,
y siempre el infeliz encuentra hermanos;
pechos abiertos generosas manos,
mi corazón, Querétaro, estrechó (I: 456).

Exactitud y abundancia de datos

Pero en este libro de viajes *Fidel* no sólo pretende hacer relato, autobiografía, poesía popular y cuadros de costumbres; también aspira a realizar una descripción objetiva, cuasicientífica, puesto que el viaje tiene un marco, un contexto o circunstancias exteriores al sujeto que él desea consignar. Por ello, otro importante elemento generador de su modelo narrativo lo constituye el ensayo que sobre su viaje a la Nueva España hizo el barón de Humboldt, figura por la que expresa gran admiración: “Ese monumento de su sabiduría que se llama modestamente *Ensayo* y que es la miniatura viviente de nuestro territorio, que es la imagen portátil de nuestra patria, cómo me arroba con sus páginas de oro” (II: 536).¹²

Prieto reconoce la competencia del viajero alemán tanto en las ciencias naturales como en las sociales, es decir, como astrónomo, geógrafo, naturalista y economista. Al respecto de la última faceta mencionada, piensa que “Como economista ninguna apreciación hay que se parezca a la suya, ni de la población, ni de la agricultura, ni de la industria, ni de los transportes, ni de los salarios, ni de la división territorial” (II: 536) y se manifiesta orgulloso de que Humboldt haya destacado el progreso de la Nueva España en comparación con la América del Sur.

A la manera de un Humboldt mexicano, Prieto va levantando el inventario de los lugares por los que se desplaza: edificios, posadas y mesones; iglesias, plazas

¹² Obra en la que el ilustre viajero explica el notable progreso de México en comparación con la América ecuatorial. Véase Alexandro de Humboldt, 1966 [1811].

y mercados; calles, puentes y barrios; hospitales, cárceles y haciendas; y todo lo habido y por haber. Siguiendo a su modelo también se interesa por la agricultura, la industria, la geografía, la religión, la cultura y la política; sólo que Humboldt habla desde el humanismo y su posición es más objetiva y científicista, y Prieto lo hace desde el romanticismo literario, por lo que sus intenciones de objetividad se cruzan con eclosiones sentimentales y con el desbordamiento del ingenio y la fantasía.

El interés de Prieto por los aspectos sociales y económicos de los lugares situados fuera de la capital es auténtico, pues no va al encuentro de lo ajeno sino de lo propio aunque lejano, con objeto de conocerlo para mejorarlo. A la autorreferencialidad de un yo que se pasea entre los paisajes y los paisanos de provincia pretende agregar mayor exactitud y abundancia de datos; por supuesto, los conocimientos que poseía antes de empezar el viaje influyen permanentemente en su percepción de la realidad. En estos “conatos de seriedad” –como él los califica– busca validar el propio texto desde una red de otros tantos textos: la *Estadística* del Sr. Raso; *Las glorias de Querétaro* de Carlos de Sigüenza y Góngora y las adiciones a este libro del padre José María Zelaa e Hidalgo; el “librito” titulado *Relación peregrina*, escrito según *Fidel* en “picudas cláusulas” por el jesuita Francisco Antonio Navarrete; el *Diccionario* de Alcedo; los padrones de población del Distrito de Cadereyta; y los Informes de la Prefectura sobre obras públicas y beneficencia (I: 207, 344-349).¹³

Mexicanizar la literatura y la realidad

Como liberal obstinado, a Prieto le urgía ya, desde la Academia de Letrán, un plan de mexicanización de la literatura y de la realidad, que lo condujo a encontrar la materia prima en lo familiar y circundante: cartografiar el territorio de la patria contribuiría a organizar la realidad nacional y a otorgarle elementos de cohesión, con el fin de construir un proceso de individuación nacional. Mas para construir la nación era preciso conocerla primero, por eso el viajero se propone en sus relatos dar idea a los lectores de lo que se encuentra más allá de la capital y así animarlos a mejorar las condiciones de vida de la república. Los problemas más graves que percibe (casi todos vigentes) giran en torno a la pobreza, la leva, las alcabalas o impuestos, y la cuestión indígena.

¹³ Los libros citados se refieren todos al estado de Querétaro y corresponden a distintas épocas. La obra del jesuita Carlos de Sigüenza y Góngora data de 1863, los padrones de población de 1843, y los informes de la Prefectura de 1853.

La pobreza

La pobreza es una constante que ensombrece la vida de la mayor parte de la población. Querétaro, en otro tiempo ciudad rica y poderosa por su comercio, agricultura y manufacturas, es ahora –comenta el autor– “un rey destronado [que] se consume en la pobreza, rodeado de los restos de su fortuna opulenta, de sus títulos de grandeza, borrados por el tiempo, inutilizados por el nuevo giro de los siglos” (I: 146). Cadereyta, lugar de su confinamiento, sobrevive entre la escasez de agua, el hambre, la inmigración y la industria reducida a la elaboración del mezcal y de las jarcias. Ambas poblaciones son muestra del estado general de la nación, a la que representan de forma sinecdóquica.

La leva

Las continuas luchas entre las facciones que aspiraban al poder, y la necesidad del gobierno de mantenerse a toda costa, obligaban a la recluta o enganche de los hombres del pueblo para engrosar el ejército. La leva era una de las plagas más devastadoras y temidas por las poblaciones en esta etapa tan desoladora de la historia nacional.

Este saqueo de gente [...] esta amputación legalizada de la población para robustecer la mano que extorsiona [...] lo vi aparecer asolando como una epidemia, empobreciendo y secando las fuentes del trabajo, sembrando lágrimas, engendrando crímenes atroces y dejando desiertas las poblaciones (I: 144-145).

“Los reclutas”, letrilla incluida en los poemas ya mencionados, gira alrededor de dicho conflicto:

Invaden los dragones
la humilde ranchería,
y el luto y la agonía,
nuestro jacal cubrió.
Corriendo tras la cuerda
las madres, las esposas,
hincábanse llorosas
delante del dragón (I: 375).

Los impuestos

Además de la forzada incorporación al ejército, los onerosos impuestos pesaban sobre todo en las clases infelices –que no estaban exentas de pagarlos– agudizando su miseria con su cauda de carestía, hambre, prostitución, crimen y mendicidad:

Si [é]ste fuera un escrito de otra clase, yo explayaría mis observaciones, y haría patente la inmoralidad premiada, la barbarie reducida a sistema, la anarquía convertida en recurso en la renta de alcabalas que en Querétaro, como en todas partes, se hacía insoportable por una concurrencia de circunstancias fatales para el pueblo (I: 202).¹⁴

La cuestión indígena

El problema indígena es tan preocupante para *Fidel* que se propone –y lo logra– insertar en el relato estudios que informen cabalmente acerca de él. Se trata de tres apartados o ensayos breves, atribuidos en dos casos a sus amigos: el señor Bustamante y el doctor Villa y, en otro, a sí mismo. De autoría propia o ajena, los textos resultan ser uno de los elementos más valiosos de la obra y una excelente muestra de los conceptos del discurso liberal sobre la cuestión indígena.

En ellos se describen, en forma monográfica, las condiciones de vida de los indios, con sus debidos matices según fueran, en el decir de *Fidel*, pobres o “riquillos”: vestimenta, alimentación con base en el maíz y sus derivados, habitación, mobiliario y aperos; fuentes laborales que para la mayoría giran en torno a la agricultura y para unos cuantos en el comercio o la fabricación de telas y tejidos; retribución ínfima del trabajo y endeudamiento en la tienda del patrón; raquícos presupuestos en los que no faltan los apartados correspondientes a rentas y contribuciones.

Asimismo, se examinan tanto la organización social y política como las jerarquías, costumbres, creencias y prácticas religiosas de los indígenas, enfatizando el espíritu comunitario que los anima, contra la tendencia a separarse de las personas extrañas, y la fobia que manifiestan hacia criollos y mestizos: “Lo primero que procura es el aislamiento de todas las personas que no sean de su raza; así que los indios no se reúnen ni comunican sino por tribus o familias, separados en cuanto pueden de los que no son indios” (I: 215).

¹⁴ En general, las leyes sobre contribuciones expedidas por el gobierno de Santa Anna eran tan extravagantes como ridículas y, por lo mismo, insoportables para el pueblo, pues lo mantenían sumido en la miseria.

Sorprende constatar en el texto otro más de los saberes de don Guillermo: la etnografía; así, reseña las costumbres, los mitos y los rituales en los que aflora –y él lo destaca– un profundo sincretismo de la religión cristiana y las creencias indígenas: los dioses aztecas transmutados en cristianos presiden las ceremonias de nacimiento, bautismo, matrimonio, prueba de virginidad y muerte. El viajero observa en detalle la celebración de las principales festividades coincidentes con fechas clave del cristianismo: Cuaresma, Semana Santa, Todos Santos y Día de Muertos. Entonces se llevan a cabo danzas, carnavales, procesiones y fiestas similares a las efectuadas en la actualidad, con abundancia de bailes, cantos, cohetes, colores chillones y abalorios.

Calumnia atroz le parece al autor la actitud de quienes, considerándose a sí mismos como “sociedad de razón”, acusan a los indios de perezosos; en realidad –comenta con sarcasmo– “[dicha sociedad] medio española, medio negra, medio mulata, medio mestiza [...] explota a los indios hasta la enfermedad y la agonía” (I: 383).

El origen de los indígenas –afirma– se encuentra en la raza mongólica, de donde provienen tanto sus defectos como sus virtudes; si bien la concupiscencia y sus causas se las achaca a los conservadores y a la Iglesia, considera que sólo los curas podrían ser capaces de abolir esta “barbarie sacrílega”; mas –recapacita– resulta una tarea imposible, sea por la rapacidad de los sacerdotes, sea por su escasez. Por último hace un llamado a políticos, gobernantes y economistas, exhortándolos a enfrentar juntos las dificultades, pues sin la afinidad y el concierto de las razas todo poderío nacional es irrealizable. El problema es social –sostiene– y social tiene que ser la solución.

Una situación ambivalente se produce en su discurso, pues si por una parte reconoce el mestizaje como origen de lo mexicano, por otra, ve a los indios como los otros, los diferentes y salvajes: “Es inconcebible la miseria, la barbarie y la superstición de estas clases” (I: 345); igualmente aboga porque no se tache a los indios de holgazanes e indolentes, puesto que sobre ellos descansa la economía del país, y al mismo tiempo les achaca toda clase de males: embriaguez, lujuria, mancebía, incesto. Admira, en una vertiente, la capacidad de perpetuidad y resistencia de los indígenas –ya por 300 años, subraya– ante la acción constante, violenta y tiránica de sus opresores, pero, en otra, augura su futura desaparición, porque al final serán incorporados al mundo civilizado. No pasa por su mente el rescate y lucha por la supervivencia de las diferentes etnias que poblaban el país; consideraba que la solución consistía en un proceso colonizador libre, sin trabas ni presiones, que los condujera de la barbarie a la civilización, pues estaba seguro de que sólo por el mestizaje los indios alcanzarían su perfeccionamiento:

La naturaleza tiene por objeto final de sus obras la perfección de ellas, y por eso en el género humano todos los días se verifica esta gran fusión de las razas que tarde o temprano, y con la acción de los siglos, llegarán a su unidad, a su mejoría y a su perfección final.

Los indios, lo mismo que las razas del Asia están sometidas a esta ley universal; pero la desaparición de su raza debería en los fines de la naturaleza hacerse suave y lentamente, si el hombre con su espíritu de conquista no viniera a violentar los pasos graduales del movimiento de la Creación (I: 403).

El proceso de identidad nacional

Prieto asume, entonces, en este texto, la defensa y reivindicación de los indios, principio que comparte con el partido de los liberales o “partido de la libertad” como él lo llama y que en ese momento estaba en ciernes; pero, su propuesta, aunque bien intencionada, es de carácter colonizador. Al triunfo del liberalismo, en el periodo de paz conocido como la República Restaurada (1867-1876), los liberales llevan a la práctica sus ideas e ideales acerca de la organización del país y se manifiestan sin reservas por asimilar a los indígenas a la cultura dominante, creyendo que sólo en el mestizaje encontrarían su liberación; en contraste, el tratamiento literario que les otorgan es profundamente romántico, al idealizarlos como héroes del mundo prehispánico y exaltarlos como raíces de nuestra nacionalidad; por su parte, las comunidades indígenas intensifican en ese momento su lucha por la autonomía.

No obstante los cambios sociales experimentados en México a partir de 1810, los conceptos de raza y clase seguían ligados a la ideología del “blanqueamiento”, y vinculados con el sistema económico social de explotación de un grupo por el otro, en el que participaban no sólo los criollos sino también los mestizos. Prieto creía sinceramente que sólo un proceso de miscegenación sería capaz de transformar en términos socioculturales al país, entendido como “aquella mezcla de razas y culturas [la española, la indígena y la africana] para crear pueblos nuevos con culturas nuevas, que ha dejado a los pueblos americanos tan diferentes de sus antepasados y a la vez tan cabales herederos de porciones enormes de las culturas de todos ellos” (Sweet y Nash, 1987: 250). Al respecto, *Fidel* se reconoce y se manifiesta orgullosamente mestizo y en su relato hace crítica constante de todos aquellos que se afrentan del mestizaje al pretender “estrujar en sus manos plebeyas los viejos pergaminos de España” (I: 389).

De esta manera el modelo narrativo de Prieto se cruza con el proyecto de construcción de la identidad nacional que surge en el país a mediados del siglo XIX, y deja translucir ideas y postulados no sólo personales sino colectivos, los de los románticos liberales que se trazaron como objetivo erigir una nación moderna y mestiza. Ellos sostenían que, dada la persistencia de las estructuras sociales, económicas y culturales heredadas de España, las primeras tareas habrían de ser descolonizar la cultura y la sociedad, destruyendo el oprobio moral y psicológico de 300 años de sometimiento; lograr la independencia y la libertad del Estado, librándolo del clero y de la milicia; e integrar –en fin– un nuevo modelo de nación y de individuo liberales.

Al imponerse el proyecto de la nación liberal, la vieja idea de considerar a México como propiedad hereditaria de los criollos resulta estrecha e ineficaz, por lo que se trata de consolidar un nuevo proyecto encabezado por mexicanos que habrían de asumir las múltiples y urgentes tareas que deberían realizarse. No es casual que muchos fueran, como Prieto, militares, políticos, legisladores, escritores, que lucharon contra los conservadores y contra los invasores norteamericanos o franceses, con la intención de modificar el sistema social predominante para situarse en posiciones nuevas, como indios aunque “liberados del gravamen pretérito” y mestizos que ocupaban por primera vez el poder nacional.¹⁵

El primero y principal propósito de la elite liberal era lograr la “síntesis de lo mexicano”,¹⁶ entendida ésta como una invención cultural construida con los elementos del romanticismo e impuesta a la amplia diversidad de los mexicanos como una parte de su política tendiente a unificar y reconciliar en un espacio jurídico, y en un espacio cultural, las contradicciones raciales, sociales y geográficas del país, para establecer los cimientos de una nación capitalista, cuyo paradigma era Estados Unidos (Blanco, 1978: 24).

Con el fin de alcanzar los objetivos anteriores, Prieto trabajó sin descanso, como se ha visto, en varios frentes, incluido el literario y, dentro de éste, en la narrativa

¹⁵ Al respecto apunta Luis González que según Justo Sierra “el mayor anhelo de Juárez fue sacar a la familia indígena de su postración moral, la superstición; de la abyección moral, la ignorancia; de la abyección fisiológica, el alcoholismo, a un estado mejor, aun cuando fuese lentamente mejor.” (González, 2003: 644).

¹⁶ Treinta personajes integraban la élite que gobernó el país durante la República Restaurada, dieciocho letrados y doce soldados. Entre los primeros: Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias, José María Lafragua, José María Castillo Velasco, José María Vigil, José María Mata, Juan José Baz, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Ignacio Luis Vallarta, Ignacio Manuel Altamirano, Antonio Martínez de Castro, Ezequiel Montes, Matías Romero, Francisco Zarco y Gabino Barreda; entre los segundos: Porfirio Díaz, Manuel González, Vicente Riva Palacio, Ramón Corona, Mariano Escobedo, Donato Guerra, Ignacio Mejía, Miguel Negrete, Jerónimo Treviño, Ignacio Alatorre, Sóstenes Rocha y Diódoro Corella (González, 2003: 638).

de viajes, género que más tarde sería considerado por Altamirano dentro de un proyecto más coherente y orgánico de mexicanización del país y de la literatura, capaz de otorgar elementos de cohesión en el ámbito de las significaciones simbólicas necesarias para conformar la identidad nacional. Al respecto escribe: “Hay cierta repugnancia para conocer el país nativo, y ésta es la causa de que no puedan desarrollarse vigorosamente todas las ramas de nuestra literatura nacional. Sólo el tiempo y la civilización harán desaparecer éstos que son hábitos de la vida colonial” (Altamirano, 1949: 114-115).

Fin de viaje

Gracias al profundo entusiasmo con que el dictador exhumó en su honor la distinguida Orden Mexicana de los Caballeros de Guadalupe –especie de cofradía creada por Agustín de Iturbide–, el 19 de diciembre de 1853 llega a Cadereyta la absolución otorgada por su Alteza Serenísima a los exiliados. *Fidel* emprende de inmediato el viaje de regreso, no sin antes pasar por Querétaro y dedicarle todavía un buen número de páginas, lo hace volando a bordo de un triquín: “Mi viaje fue un vuelo; el señor licenciado don Esteban Soto me recibió en San Juan del Río, donde almorzamos en medio de la algazara y donde tuve ciertas predicciones de mis segundas partes de estos *Viajes*” (I: 457).

A partir del 24 de diciembre otra vez se encuentra instalado en su casa de Tacubaya “con todas las tentaciones de político derrotado” –comenta irónicamente– y “los primeros ensayos de marido caserito” (II: 461).¹⁷ Con el regreso del viajero se cierra el círculo hermenéutico y retórico propio del relato de viajes; el movimiento es circular –porque el viajero, al final de su periplo, regresa al punto de partida– y está integrado por la despedida –o punto álgido–, el regreso y la llegada, denominados por Otmar Ette como lugares literario-viajeros (Ette, 2001: 37-51).

En el texto el yo narrador relata un fragmento de su larga vida con todo tipo de aventuras y sucesos a los que suma una gran variedad de elementos misceláneos, constitutivos de la riqueza y originalidad del polifacético género de viajes: poemas, ensayos, disertaciones, estadísticas, diálogos jocosos, leyendas, cuadros costumbristas, cartas enviadas por un supuesto amigo agrupadas con el nombre de “memorias de un embustero”, consejas, anécdotas, escrito todo entre la conformidad de lo real con lo ficcional.

¹⁷ Mas pronto irrumpe en su retiro una nueva orden suprema que lo obliga a viajar rumbo a Oaxaca.

Las intenciones de su escritura son, en primer lugar, el puro placer de narrar, de charlar –como él dice– lo que estaría en relación con su dilatado y a veces farragoso estilo, pero a la vez sabroso, divertido, fascinante (Prieto, 1994b: 17); y, en segundo lugar, el propósito de cartografiar el territorio de la patria para dejar constancia de su paisaje, sus costumbres, su lenguaje, su historia y sus valores. Aspiraba a que la literatura fuera expresión fiel y elemento activo de la integración cultural, perfilando el relato de viajes como uno de los géneros idóneos para lograrlo. Guiado por su preocupación esencial por México y por las cosas mexicanas, Prieto en su escritura de viajes, aporta múltiples elementos al proceso de formación de la identidad nacional.

Bibliografía

Altamirano, Ignacio Manuel

- 1949 “Introducción al *Viaje a Oriente* de Luis Malanco”, en *La literatura nacional: revistas, ensayos, biografías y prólogos*, t. 3, ed. y pról. José Luis Martínez, Porrúa (Escritores Mexicanos, 54), México, pp. 93-122.

Blanco, José Joaquín

- 1978 *Crónica de la poesía mexicana*, Universidad Autónoma de Sinaloa, México.

Carballo, Emmanuel

- 1991 *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, Universidad de Guadalajara/Xalli, Guadalajara.

Castro, Miguel Ángel

- 1997 *Poliantea periodística. Homenaje a Guillermo Prieto*, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México.

Castro, Miguel Ángel (coord.)

- 2007 *Repertorio de Guillermo Prieto*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) (Sello Bermejo), México.

Díaz, Lilia

- 2003 “El liberalismo militante”, en *Historia general de México. Versión 2000*, El Colegio de México, México, 3ª reimpr., pp. 583-632.

Ette, Otmar

- 2001 *Literatura de viajes. De Humboldt a Baudrillard*, UNAM/Servicio Alemán de Intercambio Académico, México.

Gnisci, Armando (ed.)

- 2002 *Introducción a la literatura comparada*, trad. Luigi Giuliani, Crítica, Barcelona.

- Goic, Cedomil
 1991 *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*, t. 2, Crítica, Barcelona.
- González, Luis
 2003 “El liberalismo triunfante”, en *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 3ª reimpr., pp. 633-706.
- Humboldt, Alejandro de
 1966 *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, est. prel., notas y anexos de Juan A. Ortega Medina, Porrúa (“Sepan cuantos...” 39), México [1811].
- McLean, Malcom
 1960 *Vida y obra de don Guillermo Prieto*, El Colegio de México, México.
- Mesonero Romanos, Ramón de
 1845 *Escenas matritenses, por El Curioso Parlante*, Imprenta y Librería de D. Ignacio Boix, Madrid.
- Pacheco, José Emilio
 1986 “Discurso de ingreso al Colegio Nacional”, en *Proceso*, núm. 586, 14 de julio, México, pp. 48-52.
- Perales, Alicia
 1957 *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*, Centro de Estudios Literarios-UNAM, México.
- Pierini, Margarita
 1994 “La mirada y el discurso: la literatura de viajes”, en *América latina: palavra, literatura e cultura*, vol. II: *Emancipação do discurso*, Universidad de Campinas (Unicamp), São Paulo, pp. 161-183.
- Prieto, Guillermo
 1985 *Memorias de mis tiempos*, pról. Horacio Labastida, Porrúa (“Sepan cuantos...”, 481), México [1906].
 1993 “Costumbres II. Fiestas de indios”, en *Cuadros de costumbres I, Obras completas*, t. II, presentación, comp. y notas de Boris Rosen Jélomer, pról. Carlos Monsiváis, Conaculta, México [1842].
 1994a *Viajes de orden suprema (1853-1855)*, *Obras completas*, ts. IV, V, pról. Francisco López Cámara, Conaculta, México [1883].
 1994b *Viaje a los Estados Unidos*, *Obras completas*, ts. VI, VII, VIII, Conaculta, México [1887].
- Sweet, David G. y Gary B. Nash
 1987 *Lucha por la supervivencia en la América colonial*, Fondo de Cultura Económica (FCE), México.
- Todorov, Tzvetan
 1993 *Las morales de la historia*, Paidós, Barcelona.